

SERMON PANEGIRICO

DE

SANTA TERESA DE JESUS⁽¹⁾.

Et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

Y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes.

I. ad Cor. c. 1, v. 27.

Señores: Si no es esta la vez primera que he tenido la honra de ocupar la cátedra de la religion, puedo asegurar con toda verdad, que jamás he experimentado la timidez y la desconfianza que en la presente mañana. A las dificultades que son como accesorias á la formacion de una oracion que tiene por objeto el panegirizar las grandes acciones y hechos admirables de una santa como Teresa de Jesus, que tanto resplandeció por su sabiduría como por sus virtudes, se agrega el tener que pronunciar este elogio ante una corporacion de teólogos, de cada uno de los cuales tengo mucho que aprender, y no poco que imitar. Porque, ¿qué podré yo decir que sea digno de tan sábios oyen-

(1) Pronuncié este discurso en la solemne fiesta que los señores teólogos de la Universidad Central consagraron á la Santa, en la Iglesia del Carmen Calzado de Madrid el 20 de octubre de 1861.

tes? ¿Cómo podré satisfacer la justa espectacion de los que se han dignado honrar mi insuficiencia? Anímame, sin embargo, señores, la idea de que la amistad y el compañerismo, formarán un velo que cubra mis defectos y serán prendas que me harán ser escuchado con benevolencia.

Quando en el siglo XVI nació en Alemania un cisma espantoso que tan tristes consecuencias ha producido en los siguientes siglos, Dios que velaba por la nacion española, modelo en todo tiempo de catolicismo, suscitó en nuestra pátria, no un varon intrépido que lleno de ciencia y de virtud, se asocia á los buenos para defender la Iglesia, sino una mujer al parecer flaca é inútil para todo, escogiéndola para avivar la fé de los pueblos cristianos, para alentar á los tímidos, fortalecer mas á los fuertes, oponerse á las heregias, y llevar á cabo la reforma del Carmelo, no obstante las miles contradicciones que se le habrían de presentar por todas partes, y las burlas y los desprecios de que habia de ser objeto. ¿Y qué, no pudo haber escogido para tamañas empresas, á uno de aquellos varones eminentes, llenos de virtudes, de ciencia y de erudicion, que defendian continuamente de palabra y por escrito los principios consignados en el código fundamental del cristianismo, para llevar á cabo sus desig-nios? Sí pudo en verdad, señores, pero el Omnipotente quiso valerse de Teresa de Jesus, para hacer conocer al mundo, que cuando es su voluntad soberana, sabe escoger las cosas flacas del mundo, para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.*

La prudencia humana, que pocas veces acierta en sus cálculos, nunca hubiera creído que una monja, delicada por sus continuas enfermedades, habia de ser

destinada por la Providencia para llevar á cabo una obra tan grande, cual era la reforma del Carmelo, y mucho mas en época en que abundaban en nuestra España varones eminentes en virtud y letras. Sin embargo, fué así, y sus imperecederos escritos son una demostracion de que Dios quiso concederle para que llevára á término feliz sus proyectos, los dones de la virtud con el de la sabiduría.

Tales son las escelencias de nuestra gloriosa compatriota, objeto de los presentes cultos. Si registramos con atencion y detenimiento la historia de la pasmosa vida de Teresa de Jesus: si nos hacemos cargo del modo heróico con que practicó todas las virtudes, de los éxtasis, arrobamientos, y demas celestiales favores que del cielo recibiera; si contemplamos la grandeza de alma con que á través de las mayores persecuciones y contradicciones llevó á cabo la grande obra de la reforma del Carmelo, edificando con ella lo que por otra parte destruía el naciente protestantismo; y en suma, si registramos y leemos con detencion las obras que produjera su fecunda pluma, llenas de celestial sabiduría, segun calificacion de la Iglesia, no podremos menos de llenarnos de admiracion y conocer que fué un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Siendo una verdad, que no puede mirarse con atencion el sol, sin que la vista se ofusque con el resplandor de sus rayos, ¿cómo podré yo, señores, penetrar en el campo de la sabiduría de Teresa, sin quedar ofuscado bajo el peso de mi propia ignorancia? Empero me veo obligado á hablar, y dichoso yo, si siendo el intérprete de los sentimientos de los señores teólogos que me han honrado con su eleccion, lograrse sa-

tisfacer sus justos deseos en esta mañana. Teresa es una gloria de la religion y una joya en nuestra España. Ofrezcámosle, pues, el justo homenaje de públicas alabanzas. Las circunstancias por que está pasando nuestro siglo, exigen que se ologie á aquellas criaturas que supieron emplear su sabiduría para gloria de la religion y utilidad de sus semejantes. Así lo hizo la vírgen Teresa, á la que los españoles han aclamado con justicia, doctora mística, y que fué astro brillante y refulgente de la militante Jerusalem.

Manifestemos ya el giro que vamos á dar al presente discurso. Teresa de Jesus llevando á cabo la reforma del Carmelo, y escribiendo obras llenas de celestial doctrina, fué en el siglo XVI la contraposicion del apóstata *Lutero*, que por el mismo tiempo con su llamada reforma protestante y sus impíos escritos, hacia verter lágrimas de dolor á la inmaculada esposa del Cordero. Por cuanto digamos llegareis ciertamente á penetraros, que Dios se sirve cuando es su voluntad de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia. Ave Maria.*

PARTE UNICA.

Una revolucion espantosa, madre de las que despues han venido agitando á la humanidad, y de marcado carácter demagógico, se levantó en el siglo XVI y en el centro de la Alemania. Esta revolucion, bautizada con el nombre de reforma, no fué otra cosa que el abatimiento del espíritu humano: deslumbrando al mundo con el anuncio de una era de felicidad y de paz, se proponia erigir tronos á la confusion y

á la anarquía. Un escritor funestamente célebre, á la vez, monacal, sacerdote y jurista, si no fué el iniciador de la reforma, pues que es indudable que ya existía el gérmen del protestantismo, fué el que se puso á su cabeza, y tomando en sus manos el estandarte de la rebelion para convertirle en lábaro de satánicas conquistas, se propuso pervertir á todo trance el cristianismo, introduciendo en el mundo un verbo nuevo: la autoridad inmediata de la Biblia como único criterio de verdad. Ya comprendéis, mis señores, que hablo del atrevido doctor de Wittenberg, del pérfido apóstata Lutero, que arrastrándose por el cieno asqueroso de su inmoralidad y osadía inconsecuente en sus doctrinas y olvidado de todos sus deberes, y aun de los repetidos avisos de su propia conciencia, cuyos gritos eran sofocados por las robustas olas de su soberbia y altanería, se propuso dar una decisiva batalla á la immaculada Esposa del Cordero. El principal objeto de la reforma era llevar á cabo una brutal ruptura de los miembros de la Iglesia con su cabeza visible, que era lo mismo que darles en cambio de la concordia y del amor cristiano, decisiones, resentimientos y funestas discordias. Un nuevo símbolo venia á destruir los vínculos de la verdadera fé y la caridad cristiana; y arrojados los sacerdotes de sus presbiterios, como los monjes de sus santas moradas; entregados los libros santos á la discusion del libre exámen; contradecidos ó negados los dogmas capitales de las creencias católicas, con fascinadoras predicaciones, el protestantismo robustecido con los bienes que robó á la Iglesia y con la sangre de millares de víctimas, osténtase como un verdadero gigante, pretendiendo encadenar á sus

inmundas plantas cual míseros pigmeos á los que fuertes en la fé, volvian llenos de terror las espaldas á tanta multitud de errores. La reforma, mis señores, apareció desenmascarada, y no faltaron admiradores de Lutero, que miraron en el apóstata un San Pablo. ¡Miserable comparacion! Si hubiesen examinado su doctrina á la clara luz de la razon, ó mejor, si hubiesen acudido á las cristalinas aguas, donde pudieran haber apagado su sed de verdades, su admiracion se hubiese convertido con la velocidad eléctrica en horror y espanto.

La orgullosa filosofía de nuestro siglo, que engalanada con pomposos títulos, quiere sustituir los dogmas consoladores del cristianismo y la pureza de su moral con síntomas de libertinaje y de pasiones fugaces como los sueños de la noche; los que en los vértigos de una imaginacion exaltada por el ardor de la juventud, por el empuje de las pasiones, ó por el deseo de una gloria que necesariamente se convertirá en confusion, se proponen en la sinceridad de su decantado catolicismo destruir la suprema autoridad del gran Gerarca de la Iglesia, estudiar pueden la historia del siglo XVI, y verán que nada pueden los tiros que se dirigen á la Iglesia, porque la Iglesia es un edificio fundado y sostenido por el dedo de Dios, y el dedo de Dios no puede doblarse como la caña agitada por el viento. Es consolador, mis señores, y devuelve con la alegría, la calma á nuestro espíritu, el oráculo divino. «Las puertas del infierno,» es decir, los cismas, las herejías, las mayores persecuciones, «no prevalecerá contra la Iglesia.»

Si no me viese en la necesidad de contraerme ya al asunto principal que en esta mañana es objeto de

nuestra reunion en este sagrado lugar, yo me detendria gustoso en echar siquiera fuese una rápida escursion al campo de la historia eclesiástica, y desentrañando los grandes sucesos en ella consignados, veríamos los medios maravillosos de que se valió el Señor en todos tiempos para que la Cruz y el Evangelio triunfasen de los absurdos del paganismo y los sofismas de la filosofía, sostenidos por la ciencia y los vicios, como asimismo de la alevosía de los hereges. Empero fijándonos tan solo en los errores de la reforma, y viniendo como de la mano á nuestro asunto, diremos que el protestantismo, semejante á la torre de Babel, se levantó para insultar al cielo, en un momento de vanidad y locura, y las mil y mil sectas disidentes que de él han surgido, sus continuas variaciones, han servido para sembrar la confusion y el desórden, como los diversos idiomas confundieron y aterraron á los atrevidos Babilonios.

Al verificarse la revolucion luterana, ya no existian en el mundo, ni un San Justino, centinela avanzado de la verdad católica, ni un Agustino, magnífico defensor de la gracia, ni un Crisóstomo, de cuya pluma salieron tan brillantes escritos, ni podia escucharse la inspirada voz de un Tomás de Aquino que con su predicacion aterraba á los enemigos de la Iglesia y que fué en sus dias el oráculo de los reyes, el esterminador de la heregía, el doctor de la fé, y que fué y será siempre el sol de la Teología.

Empero el Omnipotente, que hizo aparecer en el mundo cuando convino á sus altos designios tan esforzados campeones de la verdad católica, no abandona tampoco á su Iglesia cuando en el siglo XVI es tan terriblemente combatida, y España, nuestra ama-

da pátria, España, que fué siempre modelo de piedad y de catolicismo, fué el arsenal, digámoslo así, do brotaron en aquella época los mas valerosos capitanes de la milicia cristiana, que denodados y llenos de valor contuvieron los rápidos torrentes de la iniquidad, edificando lo que el protestantismo destruía, levantando sus virtudes y sabiduría una muralla de bronce para que la heregía no penetrara en nuestro reino, y trabajando con celo infatigable en favor de la unidad católica: y al tiempo que el doctor de Wittemberg rompe los lazos que le unen con la cabeza de la Iglesia, Ignacio de Loyola funda la tan célebre cuanto calumniada Compañía de Jesus é impone á sus individuos un nuevo voto de obediencia al romano Pontífice: si en Alemania se enseña á la juventud en el error, dándole á beber las mas pestíferas aguas, José de Calasanz instituye en nuestra España las Escuelas Pías, con el santo objeto de dirigir al bien los tiernos corazones de la infancia, haciéndoles conocer que no hay verdadera ciencia sin temor de Dios, y Francisco de Borja y Pedro de Alcántara y otros semejantes varones que por el mismo tiempo vieron la luz en nuestra pátria, para gloria de la religion, forman una prueba entre las muchas que tenemos para poder afirmar que España es el pueblo querido y favorecido de Dios por escelencia.

Este fué tambien el siglo de Teresa de Jesus, de esa española ilustre en la que resplandecieron admirablemente con los dones de la naturaleza los de la gracia. Dios la suscitó para hacerse en ella admirable, y que por sus grandes virtudes, por la austeridad de su pasmosa vida, por la grande obra de la reforma del Carmelo que llevó á cabo, y por la

sabiduría de sus escritos, fuese entonces y en los futuros tiempos un espectáculo digno de atención al mundo, á los ángeles y á los hombres, demostrando el Señor al mundo en el ejemplo de Teresa, que sabe cuando es su voluntad elegir las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.*

¿Y cómo es, mis señores, que existiendo entonces varones llenos de sabiduría, el Señor elige á Teresa y no alguno de aquellos, para contrarestar la inícuca reforma de Lutero con la santa reforma del Carmelo? Acabais de oír la razón. Pero me direis: ¿cómo una pobre monja, flaca, enferma, que no podía por su sexo haber asistido á las escuelas teológicas, ni á las disputas de academias, pudo derramar en sus obras un torrente de sabiduría y llegar á merecer el título de doctora mística? Tanto puede la inspiración divina. ¿Necesitó por ventura San Pedro, escuchar las lecciones del Areópago ó se le vió jamás en el Pórtico ó en el Liceo? Sin frecuentar más que las orillas del mar de Tiberiades, sin otra literatura que la que aprender pudiera entre los compañeros de su humilde oficio; sin reputación alguna entre las gentes, bastó la divina elección para que sus labios destilaran la sabiduría, y que ocho mil personas convertidas á la verdad evangélica, fuese el fruto de sus dos primeros sermones.

No vamos á fijarnos en la juventud de Teresa de Jesús, pudiendo tan solo decir, como del Bautista afirma San Ambrosio, que no conoció las pausas de la primera edad. Nació para amar, y siendo Dios el objeto que escogiera, le amó siempre con toda la vehemencia con que es capaz de amar el corazón hu-

mano. Si su sabiduría fué útil á la Iglesia, es porque la fundó en el sólido cimiento de las virtudes, en el temor santo de Dios.

Sabe Teresa los males que en otros reinos causaba la naciente reforma protestante, y lo llora y lo deplora. Teme que las chispas del volcan lleguen hasta España, é inspirada por Dios, dáse prisa á emprender una obra que hubiese seguramente asustado á los mas agigantados génios. ¡La reforma de su orden carmelita! Empezarla y levantarse contra ella una desecha borrasca de persecuciones, fué una misma cosa. Sin embargo, á través de ellas, luchando con mil inconvenientes, sin parar mientes en las murmuraciones y diatribas de seglares y eclesiásticos, logró ver levantado su primer monasterio de San José y colocado en su altar al santo de los santos en el augustísimo Sacramento de la Eucaristía: emperados ó tres días después tuvo que experimentar nuevos disgustos que la santa refiere de este modo en la historia de su vida. «Juntaronse algunos de los regidores y corregidor, y de el cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se habia de consentir; que venia conocido daño á la república, y que habian de quitar al Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufririan pasase adelante. Hicieron juntar todas las órdenes, para que digan su parecer, de cada uno dos letrados. Unos callaban, otros condenaban, en fin, concluyeron que luego se deshiciese.» Sin embargo, señores, el convento no se deshizo, y la Santa Madre emprendió la fundación de otros muchos que se llevaron á cabo, para gloria de Dios y utilidad de la Iglesia.

Como quiera, mis señores, que todo es curioso en